



El Roto

¡EH, TAXI!

HOMBRE, hoy quiere uno hablar de la España real, como si uno fuese el don Claudio Sánchez Albornoz del proletariado actual y terrenal, de la gente asfáltica, incurso en el arbitrio de la arbitrariedad localizada, no abstraída por el concepto genérico... Ya me he pasado otra vez a la metafísica. Bueno, lo que yo quiero decir es que el problema de los taxis que hemos padecido y que vamos a seguir padeciendo es un ejemplo más de la turbiedad estructural, de fondo, que nos acompaña hacia la democracia y que puede aniquilarla en agraz. Madrid es el rompeolas de las cuarenta y nueve mil desdichas españolas. Una de esas desdichas es el asunto del taxi. El «grupo», el «sector» del auto-taxi se ha plantado y ha dicho que nones. Que todo ha subido, desde el petróleo a las que hacen la carrera en Fleming, y que quieren más pesetas por kilómetro. Que si la carrera en potra de nácar, sin bridas y sin estribos, aparte antibióticos, vale hoy un riñón, la carrera en taxi no puede quedar desmerecida. Total, que ahora la bajada de bandera son cuarenta «calas» como cuarenta soles. Veinte más que en el régimen anterior. Quince, naturalmente, para el empresario, que se las llevan al Casino de Madrid. Y un duro para el trabajador del taxi, que tiene que ir al Casino a buscarlo, pero antes a llevar las veinte pesetas. Y eso que los reajustes, como se dijo, iban a repercutir en los trabajadores. Pues como sigan repercutiendo los hacen pobres de pedir. Pero el planteamiento de fondo es otro. El «grupo» aspira al precio libre, propio de las economías libres. Al parecer, los del taxi son fisiócratas, o cosa parecida. Pero, eso sí, conservando su estatuto de monopolio con el añadido de un privilegio. Precio libre, y no competencia libre. Todo girando en torno al privilegio de la licencia, esa ficción que expulsa de la libertad de trasladar ciudadanos en coche a quienes no hayan conseguido en el mercado negro o en el blanco la dicha licencia. En España todo se reduce a tener licencia, cuya efectividad estriba en que no la tengan los demás. Incluso para tener libertad se exige la licencia, cuya efectividad estriba en que no tengan libertad nada más que unos pocos. En cualquier caso, ya sabemos por lo que luchamos: por un duro. ■ **LICANTROPO**

1975: EL DINOSAURIO MUEVE EL RABO

SIN duda, 1975 pasará a las crónicas como el año de gracia en que el dinosaurio fósil de nuestra historia española, calentado al baño maría, hizo los primeros gestos de querer moverse y echarse a andar. Hasta ahora, los españoles podíamos creer que la Historia era un concepto inmutable y cristalizado, un bloque de granito con tres banderas, una estatua matrona con ojos de mármol abiertos y paralizados. Durante muchos años, durante toda la vida, que en el caso concreto de uno es como el tiempo infinito, se han repetido las mismas palabras, se han hecho los mismos gestos, se han conmemorado los mismos acontecimientos, se ha pronunciado el mismo discurso, se han impuesto las mismas medallas, se han entregado las mismas copas, se han inaugurado los mismos monumentos, se han cortado las mismas cintas, se ha injuriado a los mismos enemigos, se ha celebrado la misma onomástica, se ha montado el mismo desfile, se ha beneficiado a los mismos partidarios, se ha vitoreado al mismo héroe. Y así, año tras año, sin saltarse una fecha fija, sin ahorrarse una ocasión, sin descomponer por un momento la figura. Era como una obsesión cíclica, como si la Historia hubiera asumido el concepto de Naturaleza. Los españoles hemos crecido alrededor de este tancredismo enharinado.

Y, de pronto, el dinosaurio fósil, calentado al baño maría, ha comenzado a moverse. No es que haya sucedido nada en especial. Simplemente, hasta ahora ha sido suficiente con que hayan cambiado algunas palabras. Basta con que en televisión haya aparecido una cara nueva, se haya dicho una frase liberal, se haya dado una noticia con cierto aire de imparcialidad; basta con que algún ministro, en vez de pronunciar una grosería ideológica, haya hecho alguna manifestación sensata; basta con que los titulares de los periódicos abran un resquicio de luz democrática para que nos dé la sensación de que algo nuevo va a suceder. Si desde que se fundó Televisión su dichosa pantalla ha sido como una barricada ideológica llena de sacos terreros, ahora cualquier información correcta, un nombre nuevo, un acontecimiento adverso debidamente explicado por el mismo locutor con golilla alrededor de la nuez suena como un cañonazo. Si los periódicos eran una plastrada de plomo y ahora, ahorrándonos el circunloquio, escriben en correcto castellano y llaman a las cosas por su nombre, esto nos parece ya la revolución. Sin embargo, nada ha cambiado. Sólo que el dinosaurio de nuestra historia, calentado al baño maría, ha comenzado a mover el rabo. ■ **VIGENT**



El Roto